

y castigar á los contumaces ó elegir á Filipo. En breve estas intrigas le proporcionaron el cargo de general. Inmediatamente reúne las fuerzas, hace una marcha simulada sobre Cirra, deja á un lado los locrios y cirrenses y se apodera de Elatea. Si entónces los tebanos desengañados no se hubiesen unido á nosotros, la guerra se hubiera precipitado como un torrente sobre Atenas. La detuvieron á tiempo gracias ¡oh atenienses! á la bondad de los dioses y en cuanto es posible á un solo hombre, gracias también á mí. Que se presenten los decretos y las fechas de los acontecimientos, y vereis qué agitaciones ha ocasionado impunemente esa cabeza culpable. — Lee los decretos.

(Lectura de un decreto que decía así: Bajo el pontificado de Clinágoras, en la legislación de la primavera, los pilágoras, los asesores y el cuerpo anfictiónico decretan:

En vista que los anfisios siembran y hacen pastar sus rebaños en el terreno sagrado, los pilágoras y los asesores pasaran á él, rectificarán las lindes y prohibirán á los anfisios volver á cometer la profanación.)

(Lectura de otro decreto de la misma legislación cuyo texto decía: En vista que los anfisios se habían distribuido el terreno sagrado y rechazado con violencia al Consejo general de los helenos, y aun herido á muchos de sus miembros, Cotifos de la Arcadia, estrátego de los anfictiones, pasará á

pedir á Filipo de Macedonia que tome á su cargo el vengar á Apolo y al Consejo del sacrilego atentado de los anfisios, y á participarle que los representantes de los helenos le nombran general y le conceden un poder absoluto.)

Lee también la fecha de estos decretos: vereis cómo corresponde á la época en que ese hombre fué pilágora. — Lee. — (*Arconte Menesitides, el diez y seis del mes Antesterion.*)

Damos á conocer la carta que dirigió Filipo á sus aliados del Peloponeso, cuando Tebas rehusó obedecerle. En ella se verá claramente cómo ocultaba el designio de atacar á los tebanos, á vosotros y á toda la Grecia, y cómo desempeñaba su papel de protector y de instrumento de los anfictiones. Pero todos estos pretextos, todos los medios que empleaba para lograr sus miras, ¿quién se los proporcionaba? Sólo Esquines. — Lee.

(Lectura de la siguiente carta de Filipo: Filipo, rey de los macedonios, á sus aliados del Peloponeso, demiurgos, asesores y á todos los demás confederados, salud.

Los locrios llamados ozoles, que habitan en Anfisia, profanan el templo de Apolo de Delfos, y con las armas en la mano talan el terreno sagrado. Por esta causa quiero, de acuerdo con vosotros, socorrer al Dios y vengarle de los que violan lo que hay más santo entre los hombres. Empuñad las armas

y juntáos conmigo en la Fócida, con víveres para cuatro días al principio del mes llamado Loos en Macedonia, Boldromion en el Atica y Panemes en Corinto. Los que no acudan con todas sus fuerzas, serán condenados á pagar la multa. ¡Os deseo felicidad!

Ya veis cómo disimula sus miras personales, aludiendo sólo á las de los anficíones; ¿quién le secundó en estos manejos? ¿Quién le sugirió estas mentiras? ¿Cuál fué el principal autor de las calamidades que sobrevinieron? ¿No fué ese miserable? No vayais más, ¡oh atenienses! diciendo por todas partes: un sólo hombre ha causado los infortunios de la Grecia. Un sólo hombre nó, sino una multitud de perversos esparcidos por todos los pueblos: yo la atestiguo por los cielos y la tierra, y os aseguro que Esquines pertenece al número de ellos. Si debo decir la verdad sin miramiento de ningún género, desde luego proclamo á Esquines como el azote universal que destruyó á su paso hombres, ciudades y Repúblicas. Él proporcionó la simiente, y él es culpable de lo que produjo. Confieso que os admiro, de ver que no volveis los ojos para evitar su presencia. ¡Sin duda son muy densa la sombras que os ocultan la verdad!

Al hacerme cargo de los atentados que este hombre ha cometido contra la patria, me veo precisado á decir lo que he hecho para evitarlos. Solicito vuestra atención, pues muchas razones os obligan á ello. Seria, so-

bre todo, vergonzoso, ciudadanos de Atenas, que no pudiéseis sufrir el relato de unos trabajos cuyas fatigas he soportado á par vuestro.

Noté que los tebanos, y casi todos vosotros mismos, seducidos por los agentes que Filipo pagaba en las dos Repúblicas, siempre dispuestos á rompimientos por efecto de mútuas rivalidades, perdíais de vista lo que para ambos Estados era de más de temer y lo que reclamaba una extrema vigilancia: el acrecimiento del poder del Monarca. Sin descanso trabajé para evitaros una desavenencia con Tebas. Mucho importaba reunirlos, y de ello me habia convencido por mis propias reflexiones y por el recuerdo de Aristofon y Eúbulo, que en todo tiempo desearon esta alianza, y que, si bien opuestos á mí en otras cosas, nunca lo estuvieron en este asunto. Cuando vivian los adulabas y te arrastrabas á sus pies como un reptil; pero después de muertos, ¡tienes la impudencia te gritar contra ellos! Las acusaciones que me diriges al hablar de los tebanos, recaen ménos sobre mí que sobre estos dos magistrados que, ántes que yo, habian creído conveniente la alianza, Esquines habia encendido la guerra de Anfisa, y sus cómplices os habian irritado contra los tebanos. Sucedió entónces lo que tenian dispuesto para cuando se fomentase la discordia: Filipo vino á precipitarse sobre nosotros; y si Atenas no se hubiese despertado un poco ántes que Te-

bas, habria sido imposible la coalicion : ; tan adelantadas tenian sus preparativos y sus proyectos ! ¿ Cuáles eran las disposiciones mútuas de ambos pueblos ? Vais á verlo por vuestros decretos y por las respuestas de Filipo. Toma los documentos que he indicado y lee.

(Lectura de un decreto cuyo texto decia : Visto que Filipo se ha apoderado de muchas ciudades vecinas, que saquea otras, y que, en una palabra, faltando á los tratados, se dispone á invadir el Atica y á cometer un perjurio rompiendo la paz, el Consejo y el Pueblo decretan :

Se mandarán al Rey de Macedonia un heraldo y dos embajadores para que conferencien con él y le induzcan á mantener la union y respetar los tratados : si no accede, pedirán que conceda á la República el tiempo necesario para deliberar y una tregua hasta el mes de Targelion.

Lectura de otro decreto que contenia este texto : Visto que Filipo pretende enemistarnos con los tebanos, y que se prepara á marchar con todas sus tropas sobre los puntos más próximos al Atica, violando la fé de los tratados, el Consejo y el Pueblo decretan : se enviarán á Filipo un heraldo y dos embajadores, que le pedirán encarecidamente que suspenda las hostilidades para que el Pueblo tenga tiempo de deliberar, pues hasta el presente no ha creído conveniente oponer la menor resistencia.)

Lee tambien las respuestas.

(Lectura de la siguiente carta de Filipo : Filipo, Rey de los macedonios, al Consejo y al pueblo de Atenas, salud :

Conozco las disposiciones que siempre os han animado respecto de mí y vuestros esfuerzos por atraeros á los tesalios, á los tebanos y aun á los beocios. Más prudentes que vosotros y más conocedores de sus intereses, no han querido someter su voluntad á la vuestra. Así, pues, por un cambio repentino me enviáis heraldos y embajadores para recordarme los tratados y pedir una suspension de armas, á mí que absolutamente no os he atacado. Sin embargo, después de haber oido á vuestros diputados, accedo á vuestras súplicas y estoy pronto á concederos una tregua á condicion de que desterrareis á vuestros malos consejeros y que los tratareis como merecen. ; Salud !)

(Lectura de otra carta de Filipo, dirigida á los tebanos :

Filipo, Rey de los macedonios, al Senado y al pueblo de Tebas : ; salud !

He recibido la carta, en la cual renovais entre nosotros la union y la paz. Sé, sin embargo, que los atenienses agotan todas las demostraciones de amistad para que respondais á su llamamiento. Os he criticado creyendo que ibais á abrazar su partido, pero, convencido hoy de que perferis mantener la paz con nosotros á ser instrumentos de los designies agenos, os expreso mi satisfaccion por esta conducta, y os alabo por muchas

cosas, pero especialmente por haber elegido lo más seguro y conservarme vuestra estimación. Espero que, si perseverais, habeis de alcanzar grandes ventajas. ¡Salud!

Habiendo atizado la discordia entre las dos Repúblicas, envaneído por nuestros decretos y por sus respuestas, Filipo hizo avanzar sus tropas y se apoderó de Elatea, persuadido de que cualquiera que fuese el giro de los sucesos, era imposible que se verificase una alianza entre Atenas y Tebas. La turbación que se apoderó entonces de nuestra ciudad todos la conoceis; pero escuchad algunas palabras necesarias.

Llegó una tarde un hombre anunciando á los pritáneos que Elatea habia sido tomada. Hallábanse comiendo, y al instante se levantan de la mesa: los unos echan á los vendedores de sus tiendas y los entregan á las llamas, los otros dan aviso á los estrátegos, hacen resonar el toque de alarma, y toda la ciudad se agita en el mayor tumulto; al rayar la aurora, los pritáneos convocan el Consejo en el lugar acostumbrado; todos compareceis allí, y antes que se haya discutido nada ni se haya presentado ningun decreto, el Pueblo en masa llena el recinto. Entra el Consejo, los pritáneos dan de nuevo la noticia, introducen al mensajero para que se explique, y el heraldo grita: «¿Quién quiere hablar!» Nádie se presenta. Repítense el llamamiento, y tampoco responde nádie. Allí se encontraban todos los es-

trátegos y todos los oradores. ¡La voz de la patria reclamaba una palabra de salvación! Porque el heraldo al pronunciar las palabras dictadas por la ley no es otra cosa que la voz de la patria. ¿Qué era necesario para presentarse? ¿Desear la salvación de Atenas? Vosotros y los demás ciudadanos habriais corrido á la tribuna, porque todos deseabais ver la ciudad asegurada de aquel peligro. ¿Se necesitaba contarse entre los más ricos? Los trescientos habrían hablado (1) ¿Reunir patriotismo y riquezas? Se habrían levantado los que después han hecho á la República donativos considerables resultado de su patriotismo y su opulencia. Aquel día y aquella crisis reclamaban un ciudadano, no tan sólo rico y patriota, sino que hubiese estudiado los asuntos públicos desde su principio y reflexionado con acierto sobre la política y los designios de Filipo. El que no se encontrase en este caso por mucho celo y riquezas que tuviese, no podía indicar el partido más conveniente, ni adelantarse á presentar su opinion.

El hombre de aquella ocasion fui yo: yo subí á la tribuna. Lo que os dije entonces, escuchadlo atentamente por dos razones, la primera, para que veais que fui el único, entre todos los oradores y gobernantes, que

---

(1) Clase de Atenas compuesta de los trescientos ciudadanos más ricos.

no abandoné durante la empestad el puesto que me habia señalado al patriotismo, sinó que ántes por el contrario, en medio de aquellas circunstancias terribles, el objeto de mis discursos y mis proposiciones fué salvaros del peligro. La segunda, porque las palabras que pronuncie derramarán mucha luz sobre el resto de mi conducta pública.

Oid lo que decia : « Aquellos que creyendo á los tebanos amigos de Filipo se alarman tan vivamente, desconocen el estado de las cosas. Tengo la seguridad de que, si existiera esa alianza, en vez de hallarse el Príncipe en Elatea, habria llegado la noticia de que estaba en nuestras fronteras. Cierto estoy de que sólo avanza por ver si puede conseguir el apoyo de Tebas. Os manifestaré el fundamento de esta opinion. Todos los tebanos que ha podido corromper ó engañar están á sus órdenes; pero no puede destruir los obstáculos que le oponen sus antiguos adversarios que le resisten todavía. ¿Qué es, pues, lo que quiere y por qué se ha apoderado de Elatea? Su fin al llevar sus armas tan cerca de Tebas no es otro que inspirar á sus parciales confianza y osadía y asustar á sus enemigos para que el miedo á la violencia les arranque lo que ahora se niegan á concederle. Si hoy despertamos el recuerdo de algunas ofensas de los tebanos, si les manifestamos desconfianza como á enemigos, desde luégo satisfaremos los deseos de Filipo y, en tal caso, temo la defeccion de

sus adversarios, y temo tambien que uniéndose al Príncipe se precipiten ambos partidos sobre el Atica. Pero si quereis escucharme, si venis á reflexionar y nó á disputar sobre mis palabras, confio en que parecerán oportunas y en que disiparé el peligro que nos amenaza. ¿Qué es, pues, lo que se necesita? Ante todo dejad que ese temor que que os agita lo sientan solamente los tebanos, que mucho más expuestos que vosotros tendrán que sufrir primero la tempestad. Enviad en seguida á Eleusis vuestra caballeria y todos los ciudadanos que estén en edad de servir, y que toda la Grecia os vea con las armas en la mano. De este modo, los amigos que teneis en Tebas podrán, con igual libertad que sus contrarios, sostener la buena causa, porque verán que si los traidores que venden la patria á Filipo se apoyan en las tropas de Elatea, vosotros tambien os hallais dispuestos para socorrer oportunamente á los que quieran combatir por la independencia. Propongo tambien que se nombren diez diputados, investidos de autoridad bastante, para convenir con los estrátejos el dia de la partida y los detalles de la expedicion á Tebas; ¿de qué modo vuestros representantes manejarán este asunto? Prestadme vuestra atencion. No exijais nada á los tebanos, porque seria una mengua para vosotros. Léjos de esto prometedles socorros si los piden y no olvideis que su peligro es inminente, y que vemos mejor que ellos

el porvenir. Si aceptan nuestros ofrecimientos y nuestros consejos habremos logrado el objeto que nos proponíamos, sin que la República haya abandonado su noble actitud. Si los rechazan, Tebas sólo podrá acusarse á sí misma de sus desgracias, y nosotros no tendremos que echarnos en cara ningún acto bajo ni vergonzoso. \*

Dadas estas explicaciones y otras semejantes, bajé de la tribuna entre los aplausos de todos y sin que nadie me contradijese. A las razones añadí un decreto : admitido el decreto forme parte de la embajada, y como embajador persuadí á los tebanos. Yo principié, continué y terminé la obra : expuse por vosotros mi vida en los peligros que amenazaban la República. ¿Quieres, Esquines, que diga cuáles fueron tu papel y el mio en esta memorable jornada? ¿Dirás todavía que fui un Batalos (1), epíteto con que me han designado tus burlas? En cambio tú has sido siempre un héroe extraordinario, pero un héroe de teatro tal como Cresfonte, ó Creon, ó bien ese Enomaüs que tan cruelmente estropeaste en Colitos (2). En aquella crisis el Batalos de Peania mereció mejor de la pátria que el Enomaüs de Cotoce, porque tú no hiciste nada por ella

(1) Hombre afeminado.

(2) Pueblo donde Esquines ejerció la profesion de actor trájico.

y yo hice todo cuanto puede esperarse de un buen ciudadano. — Que se lea el decreto.

(Lectura del siguiente decreto.

Bajo el Arconte Nausiclas, el diez y seis del mes de Sciroforion, Demóstenes de Peania, hijo de Demóstenes, dijo :

Visto que hasta ahora Filipo, Rey de los macedonios, ha despreciado los juramentos y los derechos consagrados en todos los pueblos helenos; que ha violado el tratado de paz concluido entre él y el pueblo ateniense; que ha usurpado ciudades que por ningún título le pertenecian, y sometido á sus armas muchas plazas sin ninguna provocacion de nuestra parte; que, no satisfecho con esto y llevando más lejos la violencia y la crueldad, ocupa con sus guarniciones ciudades griegas y destruye en ellas el gobierno democrático; que arrasa otras y vende á sus habitantes; que en algunas los reemplaza con gentes extranjeras y hace hollar por la planta de los bárbaros nuestros templos y los sepulcros de nuestros padres; vista, en fin, esta impiedad, propia de su país y su carácter, y el abuso insolente que hace de su fortuna, olvidando lo humilde y oscuro que fué su origen ántes de esta grandeza inesperada, y atendiendo tambien á que si la República ha podido considerar poco graves las ofensas inferidas á ella en particular, hoy que vé muchas ciudades griegas destruidas y cubiertas de ignominia se creeria culpable é indigna de nuestros

gloriosos antepasados si dejase ávasallar á los helenos;

El Consejo y el Pueblo de Atenas decretan :

Después de haber dirigido oraciones y ofrecido sacrificios á los Dioses y á los héroes protectores de Atenas y su territorio; con el corazón lleno de la virtud de nuestros padres, que preferían la defensa de la libertad griega á la de su propia patria, lanzaremos al mar doscientas naves; el almirante de esta escuadra hará rumbo hasta la altura de las Termópilas, y el estrátego y el hiparca dirigirán la infantería y la caballería hácia Eleusis.

Se enviarán embajadores á toda la Grecia, y especialmente á Tebas, que se vé amenazada más de cerca por Filipo. Exhortarán á no temerle y defender heroicamente la libertad de cada pueblo y á la de todos los helenos. Dirán que Atenas, olvidando los resentimientos que han podido dividir á las dos Repúblicas, enviará socorros en dinero y armas ofensivas y defensivas, persuadida de que, si es honroso disputarse la preeminencia cuando no amenaza ningun peligro comun, el combatirse para recibir el yugo de un extranjero es un insulto á su propia gloria y al heroísmo de sus abuelos. Los atenienses, añadirán los embajadores, se consideran unidos á los tebanos por los lazos de familia y de patria. Recuerdan los beneficios que sus antepasados dispensaron á Tebas : los heraclidas, despojados de sus

reinos hereditarios por los del Peloponeso, y volviendo á recobrarlos por las armas de los atenienses, vencieron de sus enemigos Edipo y sus compañeros de destierro acogidos en nuestra ciudad, y otros muchos servicios importantes prestados por nosotros á los tebanos. Así en esta ocasion el pueblo de Atenas no divorciará su causa de la causa de la Grecia. Los embajadores estipularán una alianza para hacer la guerra, el derecho de matrimonio, y prestarán y recibirán los juramentos. Embajadores elegidos : Demóstenes Hipérides, Meneçitides, Demócrates y Calleschros.

Fundóse así la union de Atenas y de Tebas. Hasta en tónces los traidores habian sembrado sordamente entre las dos Repúblicas el ódio y la desconfianza; pero con este decreto el peligro que amenazaba á nuestra ciudad se disipó como una nube. ¿Pudo un ciudadano justo adoptar un partido más conveniente? En tal caso debió presentarlo entónces y no recriminar ahora. Entre el consejero y el sicofanta existe una diferencia esencial: el uno declara su opinion antes de que se hayan realizado los acontecimientos y se ofrece responsable con el tiempo, con la fortuna y con aquellos á quienes persuade; el otro calla cuando se necesita hablar, y al primer revés que sobreviene arroja de su boca el grito de la envidia.

Aquella ocasion era prudente, la de los

buenos ciudadanos y la de los vasallanos á atreveré á decir que si aún he indicado un partido mejor que se proponen: propuse, algun otro partido posible, y luego me confieso culpable. Sí, que se revela al presente un preyecto de útil ejecucion para aquellas circunstancias, y declararé que debia haberlo discurrido; si no se presenta ninguno, si no es posible que se encuentre aun hoy que conocemos el resultado de los sucesos, ¿que otra cosa que lo que hizo debió hacer el consejero del Pueblo? Entre las medidas practicables que podian adoptarse, ¿no era su obligacion escoger las mejores? Hé aquí, pues, Esquines lo que yo hice cuando el heraldo dijo: « ¿Quién quiere hablar? » Sí, esto fué lo que preguntó y no quién quiere censurar el pasado? ¿Quién quiere garantizar el porvenir? En aquellos momentos te hallabas en el seno de la Asamblea y permaneciste mudo mientras que yo me levanté y hablé. Ya que entónces no dijiste nada, habla al ménos hoy y dime el lenguaje que yo debia haber usado, las ocasiones favorables que hice perder á la República, las empresas, las alianzas que debí aconsejar á los atenienses. El pasado se abandona siempre y nadie hace el programa de una deliberacion sobre lo que ya ha sucedido. Sólo para el porvenir y el presente se necesitan los consejos.

En aquella época nos amenazaban desgracias muy probables, y otras habian caido

ya sobre nosotros. Examina mi administracion durante aquella crisis, y no calumnies los resultados. Estos dependen de la Fortuna; la intencion del que conseja se manifiesta por el consejo mismo. No me acuses de la victoria que fué concedida á Filipo; el éxito del combate depende de los Dioses y no de mí. Pero decir que no hice adoptar todas las medidas posibles á la prudencia humana, que no desplegué en la ejecucion interés, destreza y un ardor superior á mis fuerzas, y que mis proyectos no han sido necesarios, gloriosos y dignos de la República, son cosas que debes probar antes de acusarme. Si un rayo más fuerte que Atenas y que todos los helenos cayó sobre nuestras cabezas, ¿qué pudo hacer? El capitán de un buque se ha provisto de todo lo que puede contribuir á la seguridad de su nave; pero estalla la tempestad y destroza las jarcias y los aparejos, ¿se acusará á este hombre del naufragio? No soy yo, dirá, quien empuñaba el timon, ¿Pues bien yo no tenia el mando del ejército; yo no era dueño de la suerte, sinó que la suerte era árbitra de todo.

Piensa, Esquines, acerca de lo siguiente: si tal fué nuestra suerte combatiendo los tebanos con nosotros, ¿qué deberíamos haber esperado si tú hubieses conseguido tu empeño de hacerlos auxiliares de Filipo? Después de la batalla, á tres jornadas del Atica el peligro y la consternacion fueron extremados entre nosotros; si la hubiésemos

perdido en nuestro territorio, ¿qué esperanza nos habria quedado? ¿Piensas que Atenas existiria? ¿Piensas que nos hubiese sido permitido reunirnos ni siquiera respirar? Pero en aquellas circunstancias un solo dia, dos ó tres nos proporcionaron muchos recursos. Sin esta dilacion... Mas ¿para qué hablar de las desgracias de que nos ha preservado algun Dios protector y esa alianza baluarte de Atenas objeto de tus acusaciones?

Estas consideraciones dirigense á vosotros los que teneis que juzgarnos y á los que fuera de este recinto nos rodan y nos oyen. Para ese hombre de lodo algunas palabras duras bastarán. Si cuando la República deliraba, se rasgaba Esquines, ante tí solamente el velo del porvenir, debiste manifestarlo; y si, por el contrario, nada preveías eres tambien responsable de la ignorancia general. ¿Por qué, pues, acusarme cuando yo no te acuso? En esta ocasion fui mejor ciudadano que tú, porque me ocupé en salvadores proyectos así reconocidos por todos sin retrocedar ante ningun peligro personal, sin acordarme siquiera de los riesgos que corria; mientras que, léjos de señalar un camino más segura que hubiese apartado del mio, no prestaste el mas ligero servicio. Lo que habria hecho contra su patria el perseguidor más cruel, lo has hecho tú despues de aquellos sucesos; y mientras que Aristrato en Naxos y Aristolao en Tasos,

ambos enemigos implacables de nuestra República, acusan á nuestros partidarios, tambien en Atenas acusa Esquines á Demóstenes. Aquel que espera su triunfo de las calamidades de la Grecia merece la muerte y no tiene derecho de acusar á nadie; aquel que contribuye á la prosperidad de nuestros enemigos jamás será otra cosa que un traidor. Todo atestigua que lo eres: tu vida, tus actos, tus discursos y hasta tu silencio. ¿Se ejecuta algun proyecto útil? Esquines mudo. ¿Sobreviene algun desastre? Esquines habla. De igual modo cuando ataca una enfermedad todas las heridas se reproducen. En vista de que se encarniza contra los resultados, voy á aventurar una paradoja. ¡Los Dioses permitan que mis palabras no asombren ni sean atrevidas á nadie! ¡Ellos hagan que las mireis con benévola imparcialidad! Aun cuando el porvenir se hubiese previsto por todos; aun cuando tú mismo, Esquines, que no despegaste los lábios lo hubieses anunciado con tus gritos y tus vociferaciones, Atenas no debia haber seguido otra conducta, á ménos que entónces se olvidara por completo de su gloria, de sus antepasados y de la posteridad. El éxito se esperaba pero defraudó á nuestras esperanzas; ¡suerte común á todos los hombres cuando el cielo les niega su protección! Pero habiendo adquirido nuestra patria el primer puesto entre los helenos, no podía renunciar á él sin que fuese acusada de ha-

ber entregado la Grecia entera al yugo de Filipo. Si hubiese abandonado sin combate lo que nuestros abuelos consiguieron á costa de tantos peligros, ¡cuánto oprobio. Esquines, recaería sobre tí! Porque el desprecio no habria alcanzado ni á mí ni á la República. ¡Con qué ojos ¡oh Dioses! veriamos afluir á nuestra ciudad los extranjeros, si además de haber caido en este abatimiento Filipo hubiese sido nombrado jefe y dueño de la Grecia sin que para impedir este deshonor hubiésemos empuñado las armas, dejando á los demás pueblos que combatesen sin nosotros; sin nosotros que tenemos una patria que siempre ha preferido riesgos honrosos á una seguridad sin gloria! ¿Hay un griego ni un bárbaro que no sepa que los tebanos y ántes los lacedemonios, en todo el brillo de su poder, y el mismo Rey de Persia, se habrian dado por contentos, permitiendo á nuestra República conservar y aumentar sus posesiones, siempre que hubiese abandonado el imperio de la Grecia? Pero los atenienses de aquel tiempo no habian nacido para sufrir el yugo de nadie, ni su sangre ni sus costumbres permitian esta deshonra.

Nó, jamás Atenas ha consentido someterse á un dominador, ni reposar en vergonzosa esclavitud. Combatir por el primer puesto, despreciar los peligros por la gloria: hé aquí la conducta que ha seguido en todos tiempos, noble ejemplo tanto más digno de vos-

otros cuanto que prodigais elogios, y elogios juntos á aquellos de vuestros antepasados que han sabido imitarlo, ¿Cómo no aplaudir á los grandes ciudadanos que se retiraron á las naves y abandonaron su ciudad y su patria por no verse obligados á obedecer? Pusieron á su frente á Temístocles, autor de este consejo, mientras que Cirilo que queria someterse. fué apedreado por los hombres y su mujer por las mujeres de Atenas; porque los atenienses no buscaban entónces un orador ni un general que les hiciese esclavos felices: la vida misma habria sido insoportable para ellos sin la libertad. Cada cual se creia hijo, no solamente de su padre y de su madre, sinó tambien de la patria. El hombre que se cree nacido sólo de sus padres, aguarda la muerte del destino ó de la naturaleza; pero si cree que tambien debe la vida á su patria, querrá perecer ántes que verla esclavizada. Sí, la muerte le parecerá menos temible que el deshonor y los ultrajes, siempre inseparables de la servidumbre.

Si osase alabarme de haberos inspirado ideas dignas de vuestros abuelos, deberíais levantaros todo contra mí; vuestras grandes resoluciones procedan de vosotros mismos, porque iguales y anteriores á los míos habian sido los nobles pensamientos de la República: solamente añado que algo se debió tambien á mis servicios. Sin embargo, Esquines acusa por completo mi administracion, y os incita contra mí presentándo-

me como el causante de vuestros peligros. ¿Y por qué?; Por privarme del honor fugitivo de una corona sin ver que no puede conseguirlo sin arrebatáros los elogios de los siglos futuros! Porque si condenando á Ctesifonte no podeis ménos de condenar mi conducta, se pensará que os equivocásteis al seguirla, y que vuestras desgracias dependen de vosotros y no de la inconstancia de la suerte. No, atenienses, vosotros no abrásteis mal al despreciar toda clase de riesgos por la salud y la libertad de la Grecia: ¡lo juro por los héroes de Maralon, por los combatientes de Platea, de Salamina y Artemisia y por la memoria de todos los valientes ciudadanos cuyas cenizas yacen en los monumentos públicos! A todos, Esquines, les concedió Atenas indistintamente los mismos honores y la misma sepultura sin limitarse á los que habían tenido la fortuna de vencer. Esto fué obrar justamente, porque todos habían cumplido los deberes de buenos ciudadanos siendo la suerte próspera ó contraria decretada por el cielo.

No obstante; miserable amanuense!; hombre malvado! has querido arrebatarme las simpatías, el aprecio de estos ciudadanos, hablando de trofeos, de batallas y de antiguas empresas cuyos recuerdos son detalles parásitos de tu acusación. Y yo que acababa de exhortar á la República á mantenerse en el primer puesto, di, histrión, ¿qué sentimiento debía traer á la tribuna?; Los de un

cobarde orador indigno de Atenas?; La muerte habría sido entónces mi justa castigo! Atenienses, no debeis juzgar de igual manera las causas privadas y las causas públicas. Los asuntos que cada día se presentan, se resuelven según los hechos y las prescripciones de la ley; pero cuando se trata de los grandes intereses del Estado, no debeis perder de vista la grandeza de vuestros antecesores. Al sentarse en el tribunal para decidir un proceso político cada uno de vosotros debe figurarse, para no hacer nada indigno de sus abuelos, que con las insignias de la magistratura representa también el génio de Atenas. Esta digresion sobre las hazañas de vuestros antepasados me ha hecho omitir algunos hechos y algunos decretos. Vuelvo, pues, á mi relato,

Al llegar á Tebas encontramos allí á los embajadores de Filipo, de los tesalios y de los demas aliados del Príncipe. Nuestros amigos se hallaban consternados, y los del Macedonio llenos de esperanza y seguridad. Y no creais que mi propio interés me hace hablar de este modo; léase la carta que escribimos desde Tebas. Pero aquí ese hombre ha traspasado los límites de la calumnia: el buen éxito lo atribuye siempre á circunstancias y nunca á mí, y los desastres los imputa á mis desaciertos y á mi mala estrella; así, pues, yo que soy hombre de consejo y de palabra, no he contribuido nada á lo que se ha hecho por estos caminos, y sien

doextrano á las disposiciones militares, ¡soy, sin embargo, la causa de las desgracias de la guerra! ¿Ha existido jamás un delator más atrevido ni más perverso? — Lee la carta. — (*Lectura de la carta.*)

Reúnense los tebanos; los embajadores macedonios son introducidos ántes que nosotros bajo el pretexto de aliados. Suben á la tribuna, elogian á Filipo, quéjense mucho de vosotros y recuerdan cuanto habeis hecho en todos tiempos contra Tebas. Su conclusion es que para recompensar los servicios del Príncipe y para vengarse de vuestras injurias, los tebanos debían franquearle el paso ó precipitarse con él sobre vuestros territorios. « Seguid vuestros consejos, añaden, y los ganados, los esclavos, las riquezas todas del Atica pasarán á la Beocia; pero si escuchais á los atenienses, la Beocia será devastada por la guerra; » yo quisiera referiros en detalle nuestra respuesta. Pero ya pasaron aquellos dias aciagos que recuerdan á nuestro espíritu las calamidades de que la Grecia se vió inundada, y temo fatigaros con una referencia desagradable. Escuchad tan sólo lo que persuadimos á los tebanos y lo que ellos respondieron. — Toma y lee. — (*Lectura de la respuesta de los tebanos.*)

Muy poco después os llaman con apremio y vosotros partís y los socorreis. Omiso los hechos intermediarios. La acogida fué tan raternal que, dejando su infantería pesada y

su caballería fuero de los muros, recibieron vuestro ejército en su ciudad, en sus casas, en medio de sus hijos y sus mujeres y de cuanto les era más querido. Así, pues, en aquel dia los tebanos hicieron público el elogio de vuestro valor, de vuestra justicia y vuestra temperancia, Preferir combatir con vosotros era, en efecto, reconoceros más valientes y más justos que Filipo; y confiaros sus esposas y sus familias, que es el tesoro que se guarda con más cuidado y estimacion, era declarar que tenian confianza en vuestra prudencia: la opinion que formaron de vosotros se vió altamente justificada. Durante la permanencia del ejército en Tebas, ni una sola queja, ni justa ni infundada, se dirigió contra vosotros; ¿tan grande fué vuestra moderacion! En los dos primeros combates, el uno verificado cerca del rio y el otro en el invierno, os mostrásteis no ya irreprehensibles, sinó admirables, por la disciplina, el orden y el ardor con que peleásteis; todos los pueblos prodigaban alabanzas á los atenienses, y entre nosotros no cesaban los sacrificios y las fiestas en honor de los Dioses. Ahora quisiera dirigir una pregunta á Esquines. En medio de estos trasportes de alegría y de las felicitaciones que resonaban en la ciudad, ¿tomó él parte en las rogativas públicas? ¿No estuvo, triste, abatido, pesaroso de la dicha de todos y encerrado en su casa? Y si esto no fuese, si se le hubiese visto participar de las fiestas entre su,

conciudadanos, ¿podria, sin cometer un crimen, una impiedad, querer que la alianza por él mismo aprobada á la faz de los Dioses fuera hoy condenada por vosotros, que habeis jurado por esos mismos Dioses ser justos en vuestro fallo? Si se alejaba de nuestros templos, ¿no merecerá mil muertes el que se afija por el gozo universal?

Ocupábase Atenes entónces en ofrecer sacrificios y Tebas no miraba como sus libertadores. Un pueblo que por la política de los malvados parecia reducido á tener que mendigar socorros ajenos, dió los suyos á otros pueblos gracias á mis consejos. Pero, ¿cuáles fueron entónces las exclamaciones de Filipo? ¿Cuáles las inquietudes que le asaltaron? Vais á conocerlos por las cartas que envió al Poloponeso, á fin de que juzgueis lo que produjo mi perseverancia, mis viajes, mis fatigas y esos numerosos decretos que Esquines ha manchado con sus mordeduras.

Atenienses: habeis tenido ántes que á mí á gran número de ilustres oradores; un Calistrato, un Aristofón, un Céfalo, un Trásibulo y otros; pero ninguno se consagró á un asunto. El autor de un decreto no se encargaba de la embajada, ni el embajador tenia parte en el decreto; ninguno queria renunciar al reposo, y en caso de sobrevenir un revés, se reducian á buscar una excusa. ¿Pues qué! se me dirá, ¿tienes tú sobre los demás una tan grande superioridad de fuerza y de audacia que te permite atender á

todd? No es esto; pero veia tan inminentes los peligros, que creí deber consagrar todos mis instantes y olvidar todos mis asuntos con tal de que estuviesen bien atendidos los de la República. Yo habia formado la idea de que en los decretos, en su ejecucion y en las embajadas, ningun otro obraria con más prudencia, con más celo ni integridad que yo. Por este motivo desempeñé todos los cargos.

Contempla ahí, Esquines, hasta qué punto mi política ha humillado á Filipo; hé aquí el lenguaje á que he hecho descender al mismo tiempo que habia lanzado contra la República tantas altivas amenazas. Así, pues, yo fui justamente coronado por estos ciudadanos; y tú, que te hallabas presente, ni hiciste ninguna oposicion. Acusóme Diondas, pero no obtuvo la quinta parte de los sufragios.—Que se lean los decretos que no fueron ni condenados por los jueces ni atacados por Esquines. (*Lectura de los decretos.*)

Esos decretos, atenienses están concebidos en los mismos términos que el de Aristónico y que el de Ctesifonte; pero lejos de atacarlos, Esquines no secundó siquiera al acusador. Sin embargo, si sus imputaciones fuesen fundadas, podia perseguir á Demómelo é Hipérides, autores de los decretos, con más justicia que hoy á Ctesifonte: porque éste pudo apoyarse en los ejemplos anteriores, en los fallos de los tribunales, en el silencio

guardado por Esquines sobre muchos decretos iguales á éste, en las leyes que no permiten volver á juicio las cosas juzgadas y en otras razones. Entónces se habria examinado la causa en sí misma, sin estos precedentes. Pero tambien el acusador no habria podido rebuscar como hoy en los archivos públicos y en un cúmulo de decretos, ni resucitar lo que nadie esperaba que apareciese de nuevo, ni calumniar, ni confundir el órden de los tiempos, ni falsificar las intenciones, ni poner en juego los recursos de la elocuencia. No, estos medios no existian. Frente á la verdad y ante los hechos habria tenido que ser más verídico. Por eso ha esquivado la lucha miétras los hechos estuvieron recientes; por eso ha aguardado á tan tarde para entrar en liza imaginando sin duda que esto seria un combate de oradores, y no una investigación severa de nuestros actos políticos; un certámen literario y no un juicio sobre los intereses de la pátria.

A seguir el parecer de ese sofista, debíais despojaros de la opinion con que venís aquí respecto de nosotros dos. • Persuadido, dice, de que un responsable puede ser deudor, examináis sus cuentas; y sólo después de encontrarlas justificadas, es cuando lo declaráis libre de responsabilidad: del mismo modo, no atendáis en esta causa nada más que á la evidencia de las pruebas. • Ved cómo, las obras de la iniquidad se destruyen

por sí mismas. En esta diestra comparacion confiesa que me reconocéis por el orador de la patria y á él por el orador de Filipo. Si él ignorase cuál es vuestro pensamiento sobre cada uno de nosotros, no se esforzaria en cambiarlo; pretension injusta, como lo probaré fácilmente, con la sola exposicion de los hechos. Hé aquí los frutos que ha producido esa política por él tan calumniada. Los tebanos iban á caer sobre nuestro país con Filipo: yo los uní á nosotros para detenerle. La guerra se acercaba á nuestro territorio: yo la retiré á setecientos estádios sobre los campos de la Beocia. En vez de sufrir el Atica, por la parte del mar, las correrías y el pillaje de los piratas de la Eubea, gozó de paz durante todas las hostilidades. En vez de invadir el Helesponto y apoderarse de Bizancio Filipo, tuvo dos enemigos, uno por cada lado, que fueron los bizantinos y los atenienses. Ahora bien, Esquines, esta enumeracion, ¿tendrá á tu vista tan poca fuerza como algunas cifras combinadas? ¿Será necesario eliminar los hechos por compensacion? No será mejor esforzarse para perpetuar su memoria? No añado que los demás pueblos experimentaron la crueldad de Filipo, siempre terrible desde que aseguró su dominacion, miétras que vosotros recogisteis los preciosos frutos de aquella aparente benignidad con que encubria sus designios sobre la Grecia. Pero diré resueltamente que cualquiera que no fuese un